

Oscar Humberto Aelo^[1]

La América independiente es una entidad política que no existe ni es posible constituir por combinaciones diplomáticas.

Dr. Rufino de Elizalde, 1862

Los brindis y pactos de la diplomacia no unirán a estos pueblos. Los unirán en el porvenir, los votos históricos de las muchedumbres.

José Carlos Mariátegui, 1927.

Introducción

Un supuesto difundido en algunas vertientes de la izquierda latinoamericana afirma que América Latina constituye una "nación" que habría sufrido un proceso de "balcanización" por las fuerzas conjuntas del imperialismo y las oligarquías locales. En general, esta hipótesis se basa en una definición de "nación" fundada en rasgos objetivos como el idioma, la historia o la cultura, adoptando -acaso acriticamente- la explicación propagada por el marxismo soviético en su versión codificada por Stalin.^[2]

En los últimos años, las investigaciones sobre la temática nacional han tendido a cuestionar el carácter "objetivo" de la nación, y más aún, la índole "natural" de esta sociedad política, subrayando el aspecto creativo de la voluntad humana en la conformación de los modernos "Estados nacionales". De tal modo, estas interpretaciones confluyen en destacar que los movimientos nacionalistas (y también el Estado) actúan como "constructores" de la nación.^[3] De acuerdo a estas visiones, se puede señalar que la posible existencia de una "cuestión nacional latinoamericana" se vincula indisolublemente a la emergencia de movimientos políticos que se propongan como tarea la construcción de un "Estado-nación" de alcance subcontinental.

Así, actualmente se interpreta como tentativas de corte nacionalista a las formulaciones políticas que postularon la conformación de una "nación latinoamericana", cuya primera versión se encuentra en el pensamiento y la acción de Simón Bolívar, particularmente con su convocatoria al Congreso de Panamá.^[4] Posteriormente, sin embargo, la tarea de "construcción de la nación" (mexicana, peruana, brasileña, etc.) durante la segunda mitad del siglo XIX precipitó un abandono de tales postulados, tal como lo ejemplifica la afirmación del Ministro de Relaciones Exteriores argentino citada en el epígrafe. Pero tras la conclusión de la guerra hispano-norteamericana, las propuestas de unidad latinoamericana asisten a una notoria expansión, cuyas modalidades se encuentran sobredeterminadas por la existencia real de un conjunto de Estados-naciones en la región. Como dice José Carlos Chiaramonte: "el nacionalismo americano en el siglo XX renacería como sustento de las tendencias

a la integración entre las naciones latinoamericanas^[5].

Uno de los principales exponentes de este renovado "nacionalismo americano" fue el literato argentino Manuel Ugarte (1875-1951). No obstante, sus ideas políticas han sido analizadas con escasa profundidad. La interpretación corriente cree encontrar en Ugarte la síntesis, al menos como intención, de socialismo y nacionalismo americano^[6]. En lo que sigue mostraremos ciertos aspectos del pensamiento del autor entre el inicio del siglo y el fin de la primera guerra mundial que permiten sugerir una explicación distinta.

Imperialismo y unidad latinoamericana

En los primeros años del siglo XX, las aproximaciones al tema del imperialismo en América Latina son ambiguas. Es obvio que no existía en la época una teorización sistemática sobre la cuestión; interesa remarcar, entonces, qué entendían aquellos intelectuales o políticos latinoamericanos que escribían sobre el tema. Como ha subrayado Oscar Terán, no se comprendía "imperialismo" en clave de categoría explicativa de la nueva fase del capitalismo, sino identificándolo con la potencia que aparecía ejerciéndolo, es decir, con los Estados Unidos.^[7]

Ella era, sin duda, la perspectiva antiimperialista de Manuel Ugarte, tal como se aprecia en su primer artículo dedicado al tema:

"No es que el pueblo de los Estados Unidos abrigue malos sentimientos contra los americanos de otro origen, sino que el partido que gobierna se ha hecho una plataforma del "imperialismo"... Los asuntos públicos están en manos de una aristocracia del dinero formada por grandes especuladores que organizan trusts y exigen nuevas comarcas donde extender su actividad. De ahí el deseo de expansión."^[8]

Imperialismo era, en esta opinión, sinónimo de "expansionismo". Ugarte visualizaba el fenómeno desde una perspectiva política, pero su explicación no se agotaba en la denuncia de la política externa de los países "imperialistas" sino que intentaba elaborar los posibles móviles económicos de sus acciones.

Estas concepciones de Ugarte han sido frecuentemente interpretadas en el sentido de descubrir al literato como un precursor de opiniones "anticolonialistas". La cuestión amerita ser observada. En un artículo de 1905, titulado "La colonización francesa en Argelia", Ugarte decía:

"una tentativa separatista sería un error lamentable... Argelia es hoy una de las colonias más prósperas, y si Francia supiera contemporizar con el indígena y atender más que a la difusión de sus productos a la de su espíritu, podría continuar quizá ejerciendo su dominación durante largos años y en beneficio de todos"^[9]

Difícil es concluir de aquí el supuesto "anticolonialismo" de Ugarte. La hipótesis, no obstante, parece cobrar mayor relevancia cuando destaca la caracterización de "naciones proletarias", que Ugarte elabora por esos años. En relación a este "concepto", también se ha forzado la explicación, al interpretarlo, en resumidas cuentas, como un probable "proto-tercermundismo".^[10]

Ugarte utiliza por primera vez la expresión hacia 1908:

"Es innegable que entre las naciones, como entre los individuos, hay algunas

que presumen de aristocracia, muchas que arbolan bank-note de burguesía y no pocas que se resignan a encasquetarse el hongo del proletariado."^[11]

La metáfora sólo indica una realidad evidente para cualquier observador; perosería un error pretender que el autor se refiriese en estos términos a las naciones latinoamericanas. Por el contrario, la aceptación de Ugarte de las nociones generales de la época acerca de la existencia de pueblos "bárbaros" y "civilizados" es la que permite comprender sus críticas hacia los Estados Unidos, porque este país no dirigía sus tentativas expansionistas hacia pueblos bárbaros con el propósito de "elearlos" hacia la civilización -esto es un eufemismo, desde luego-, sino que las dirigía hacia las naciones de América. Inaceptable, para Ugarte, porque

"nadie puede permitirse tratar a colectividades cultas, que han producido patriotas como Bolívar o San Martín, del mismo modo como trataríais a las hordas del Cambodge o del Congo"^[12]

La estrategia discursiva de Ugarte se encaminaba a mostrar, en lo posible a la opinión europea, la iniquidad de la política norteamericana sobre los países latinos, que residía en la comprobación de la alta cultura de estos pueblos y por ende en la imposibilidad de considerarlos atrasados. Rechazada de plano la tesis acerca de la barbarie latinoamericana resultaba evidente, sin embargo, la debilidad de estas naciones -sobre todo en Centroamérica- para resistir a pie firme la embestida del imperialismo yanqui. De aquí surgía la contrapropuesta de la unidad latinoamericana. Ugarte comenzaba por postular la necesidad de "coordinar" las políticas externas de los estados de la región con el propósito de sustentar una sola voz en el concierto internacional. Aunque inicialmente el autor mantenía una apreciación acerca de la "latinidad" de estas naciones, gradualmente incorporó una visión sustancialmente hispanizante, acaso con el propósito de ofrecer fundamentos plausibles a su tesis de unidad latinoamericana: la certeza de que la América hispánica constituía una "nación" que necesitaba "refundirse". Este intento por "reinventar" una tradición colectiva, se mostraba particularmente evidente en su visión de la historia:

"...aún después de la Revolución, tenemos que considerarnos como parte misma de España, cuya personalidad moral, rehecha por el clima y las migraciones, aspiramos a prolongar triunfalmente en el mundo... [en la Revolución] No nos levantamos contra España, sino contra el grupo retardatario que en uno y otro hemisferio nos impedía vivir"^[13]

Se ha destacado que la hipótesis de "guerra civil" en el movimiento independentista fue elaborada por historiadores vinculados al liberalismo español hacia la década de 1890, con la que pretendían por un lado rechazar la tradición absolutista, y a su vez recusar la versión de la independencia como una "guerra anticolonial", dominante entre las élites hispanoamericanas del siglo XIX^[14]. Ugarte retoma aquella interpretación, acaso como una "operación propedéutica" que le permitía concebir la unidad de estos países como fruto de su origen común. La Patria Grande sería entonces el resultado final de una larga elaboración histórica. Pero viendo los reparos de los gobiernos de la época ante estas propuestas, Ugarte tendió a visualizar a la "juventud" como el sujeto social capaz de llevar a cabo la tarea inconclusa legada por los padres fundadores:

“Los nuevos núcleos juveniles de América han soñado una campaña heroica: la reconstrucción de las autonomías nacionales; el reverdecimiento de la plenitud viril de nuestro continente, la afirmación definitiva en los siglos de la tradición hispana, aliada al empuje inmortal de Bolívar y San Martín.”^[15]

Socialismo y patriotismo

Manuel Ugarte se incorporó al Partido Socialista argentino en 1903. Su participación como integrante del socialismo fue accidentada; existieron diversos choques entre el literato y la dirección partidaria, que culminaron en su alejamiento del partido, luego de una áspera polémica pública, en 1913. Existe la idea de que estos cruces entre Ugarte y el PS habrían devenido de sus discordancias en el tema del “patriotismo”, sosteniéndose que el dogmático internacionalismo de la organización partidaria había rechazado el nacionalismo antiimperialista que Ugarte pretendió incorporar. Nos detendremos entonces sobre la cuestión, ofreciendo un acercamiento a las concepciones del autor sobre el socialismo y el patriotismo.

Ugarte se ha acercado a las ideas socialistas en su estadía parisina, al parecer impactado por la brillante oratoria de Jean Jaurés. Escasamente influenciado por las tesis socialdarwinistas por entonces en boga, se muestra sin embargo evidente su preferencia por metáforas biológicas, en el sentido de ofrecer remedios para el “organismo social”. Las “enfermedades sociales”, que Ugarte observaba al comenzar el siglo XX, “derivan desde luego casi exclusivamente de un mal único: el viejo régimen capitalista que urge reemplazar por una organización más de acuerdo con la cultura del siglo”^[16]. Esa organización deseable, el socialismo, debía ser puesta en práctica urgentemente. ¿Por qué?:

“La verdadera prudencia consiste en darse cuenta de las cosas... Un socialismo escalonado puede evitar a las colectividades la confusión y el pánico de una sacudida. El socialismo es el eje del siglo, porque solo él está a igual distancia del egoísmo de los que poseen y de los arrebatos irreflexivos de los que desean.”^[17]

El literato parece intuir la posibilidad de reorganizar la sociedad sobre bases más racionales, evitando el despilfarro y la injusticia que aparecen como facetas ineludibles del capitalismo. La reorganización social ha de operarse gradualmente, “insensiblemente” -según el autor- colectivizando las riquezas excesivas, a través de impuestos progresivos a las rentas, como por la expansión de las actividades económicas del Estado (monopolios estatales como el correo eran su ejemplo preferido para mostrar lo que debería ser una economía socialista). Sin embargo, no debiera verse en su postulación socialista que Ugarte preconice la revolución social, ni mucho menos. Por el contrario, creía Ugarte que un régimen socialista tornaría efectivas las promesas incumplidas de la Revolución Francesa^[18].

Estas consideraciones gradualistas, poco inclinadas a la agitación social y favorables a una progresiva ingerencia del Estado en la vida social serían motivo de su primera desavenencia seria con la dirección del PS. Esta tuvo lugar al debatirse el Código de Trabajo proyectado por el gobierno de Julio Roca, en cuya elaboración había participado Ugarte, entre otros intelectuales. Como se sabe, los socialistas

finalmente rechazaron el proyecto, y cuestionaron la colaboración de Ugarte en el mismo. El literato respondió, un tanto ofuscado, que “si me han dado el encargo de estudiar en Europa la legislación obrera...lo han hecho cediendo a la presión popular.”^[19] Su defensa evitaba, no obstante, el punto central: si debía colaborar con un gobierno de la clase dominante.

Una afirmación explícita de este mismo punto de vista sería sostenida por Ugarte en el Congreso de la Internacional Socialista celebrado en Amsterdam en 1904, donde se planteó la condena a la participación del socialista francés Millerand en el gabinete de un gobierno burgués. Al debatirse el tema en el Congreso, Ugarte afirmó que el socialismo argentino “no se reconoce el derecho de juzgar a sus precursores y condenar la acción de una parte del proletariado francés”, reflexionando luego que “el congreso resolvió el asunto con un criterio más radical. Pero se nos antoja que al obrar así, nuestros compañeros no han hecho gala de un criterio muy amplio”^[20]. Ugarte confiaba, ciertamente, en la posibilidad de una colaboración armoniosa de los socialistas con los gobiernos, que redundaría, en su opinión, en beneficios positivos para la clase trabajadora.

Estas tesis acerca del socialismo estuvieron presentes en el momento de la ruptura de Ugarte con el PS, cuando el literato afirmó que ese partido usufructuaba la situación equívoca de ser “para los de afuera el amable instrumento de evolución de que hablaba Ferri y para los de adentro el bando iracundo de las reivindicaciones rojas”^[21]. Sería ciertamente dificultoso encontrar una organización socialista más alejada de la “roja iracundia” que el PS argentino. El hecho que Ugarte lo haya planteado de esa manera indica, más que la actitud general del partido, la propia opinión del autor, a quien no sería erróneo ver a la “derecha” de la organización partidaria.

En el análisis del “patriotismo” de Ugarte conviene destacar la inexactitud de las afirmaciones acerca del antinacionalismo que el socialismo argentino sustentaría, y que fuera esta temática la que provocó la expulsión del literato. En principio, debe observarse que en la Argentina del Centenario, el alud inmigratorio había dado lugar a un conjunto de propuestas -de tono alarmado- ante la posible pérdida de identidad del país. En ellas, un lugar prioritario correspondía a las tareas que, desde el aparato educativo, debía efectuar el Estado; porque, como afirmó Joaquín V. González, “la finalidad más definida que ha de perseguir todo el sistema [educativo] es la formación de una unidad nacional, y dentro de ésta, un carácter, un tipo, un timbre colectivo al conjunto social”^[22].

Las respuestas de la clase dominante, ciertamente, no se dieron tan solo en el plano de la hegemonía, sino también en el de la coerción: las leyes de “residencia” y de “defensa social” atacaban a los “extranjeros indeseables”; mientras ciertas corrientes de “nacionalismo” xenófobo (que se harían más marcadas luego de la Revolución Rusa) circulaban en direcciones confluyentes.

La adecuación del nacionalismo en el socialismo era, entonces, complicada: si por una parte, el internacionalismo proletario era la convicción profunda -al menos, retóricamente- del socialismo mundial, por otra, el “nacionalismo” era directamente adoptado por corrientes de la derecha política.^[23]

En este sentido, una clara explicitación fue presentada en **La Vanguardia**:

"En el fondo hay dos patriotismos: el de las clases ricas y privilegiadas, emancipadas económica y políticamente, y que quieren mantener el actual estado de cosas; su patriotismo es estático y conservador, y no cultivan de él sino lo verbal y externo; y el patriotismo de las clases desposeídas y explotadas, que es dinámico, innovador y revolucionario en el más vasto sentido de la palabra: éste no se paga de palabras, sino de hechos, y le importa más el contenido que el rótulo. Tal el patriotismo de los socialistas."^[24]

Pese a tan explícitas afirmaciones, según Ugarte en el PS "asoma el eterno antipatriotismo, llaga más o menos oculta de la agrupación".^[25] Y en la polémica sobrevenida, Ugarte expuso los fundamentos de su afirmación, enlazando su concepción del nacionalismo con la del socialismo. Decía Ugarte que era

"partidario de un socialismo basado, no en la lucha de clases, sino en la colaboración de éstas...Lo necesario en la Argentina de hoy no es 'socializar los medios de producción'...hagamos reformas económicas, elevemos la vida del obrero, pero no hostilicemos ni la industria, ni el comercio, ni el capital creador".^[26]

Por ello, según Ugarte, era inadmisibile que

"el partido socialista hostilice todas las fuerzas vivas del país y confunda los intereses particulares con los nacionales en una misma reprobación incomprensible. Se dice colectivista y se niega a encarar las cosas desde un punto de vista colectivo. Quiere que se gobierne en favor de un grupo, aunque se anule el conjunto de que ese grupo forma parte".^[27]

En definitiva, según el autor, "sólo puede existir un proletariado feliz en una nación próspera...la preocupación de la justicia, por encomiable que sea, no debe sobreponerse al instinto de conservación general".^[28]

Obvio es que estas concepciones de Ugarte lo alejan ostensiblemente del socialismo; incluso de la reformista versión vernácula. Se ha observado que "una clase burguesa...puede apelar a la unidad nacional como medio de neutralizar los conflictos de clase"^[29]. Parece claro que Ugarte se coloca en esta perspectiva: los intereses de la "nación", para él, son prioritarios a toda otra consideración. Desde luego, en este tipo de visiones, la "patria" está "por encima" de las clases; Ugarte no analiza quien ejerce el poder, ni con qué finalidad; pero puede rechazar que el socialismo aspire gobernar en favor de la clase obrera. Esta polémica muestra, entonces, no el rechazo socialista al nacionalismo, sino dos opciones distintas de concebir el concepto.

Las definiciones de la guerra

En 1914 el estallido de la guerra sorprende a Ugarte residiendo en Argentina, debiendo prolongar por cuatro años su permanencia en el país contra su pretensión de retornar rápidamente a Europa. Estos años clarificaron las posiciones políticas de Ugarte como en pocas ocasiones lo haría con posterioridad.

El alejamiento práctico del socialismo argentino sería prontamente seguido por un rompimiento de lanzas teórico con todo socialismo:

"La complejidad de los conflictos que, lejos de reducirse a las relaciones del capital con el trabajo, según las predicaciones de Marx, se complicaban

inextricablemente, habían hecho ver, al fin, que las reformas obreras podían ser un capítulo, pero no todo un programa."^[30]

Su convencimiento de los errores de Marx, junto al supuesto de que la política obrera constituye un "capítulo" dentro de un programa más amplio, remarca el alejamiento de Ugarte de los postulados socialistas hacia una posición que genéricamente se denomina "nacionalismo burgués".

Al mismo tiempo, y quizá como una resultante inesperada de su estadía forzosa en Argentina, la posibilidad de auscultar más serenamente las condiciones económicas del país le permitieron una visión distinta del mismo. Hasta entonces, Ugarte no había visto de Argentina más que el brillo de una economía exportadora pujante, afirmando en repetidas ocasiones su convencimiento que se trataba de un país que "había triunfado". Pero la detención de la "gran rueda" del comercio exterior impuso sobre Ugarte la pregunta sobre las consecuencias del exclusivismo agrario. De este modo, el literato afirmó en 1915 que "se abre en el umbral del siglo un dilema: la Argentina será industrial o no cumplirá sus destinos"^[31], presagiando un programa de engrandecimiento nacional basado en la industria, entendida como complemento indispensable de la producción agrícola, que permitiría una auténtica autarquía nacional. Una nación industrial que, quizá, podría derramar su producción sobre el conjunto del continente, haciendo pleno uso de su potencial en materias primas hasta entonces inactivas, y que permitiría solucionar el "capítulo obrero" en condiciones de pleno empleo. Sin embargo, constituye un hecho llamativo que Ugarte no destacara la influencia del "imperialismo inglés" en la economía argentina, sustentando su tesis antiimperialista en la mirada crítica hacia los Estados Unidos.

Conjuntamente con ello, Ugarte se definió por la neutralidad latinoamericana en el conflicto bélico. Sin duda, no ha de verse en ello ninguna predisposición "germanófila", ni menos aún pro "anglosajona". Es evidente que, en el caso concreto de Argentina, su postura neutralista, aun sin mucho apoyo en la opinión pública, era la misma que defendieron los gobiernos, tanto conservadores como radicales. Ugarte argumentó su posición haciendo referencia a las necesidades latinoamericanas: "Debe saberse de una vez por todas que no tengo en la guerra más partido que el que deriva de los intereses de mi América".^[32] Y ante el ingreso de Estados Unidos en el conflicto, que provocó una corriente de simpatía en Hispanoamérica, el literato reafirmó su tesis antiimperialista, destacando algunos hechos que sus contemporáneos, curiosamente, querían olvidar:

"Que los Estados Unidos proclamen su respeto por las nacionalidades débiles y su apasionamiento por la justicia en los propios momentos en que pisotean la libertad y la autonomía de naciones ultradébiles como Santo Domingo, Haití y Nicaragua, en los propios momentos en que presionan abusivamente sobre México, me parece realmente una ironía y un sarcasmo."^[33]

NOTAS

[1] Cátedra "Historia General de América II (Independiente)". Departamento de Historia. Facultad de Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata.

- [2] Véase, p. ej., Jorge A. Ramos, *Historia de la Nación Latinoamericana*; P. Lillo, Bs. As., 1975, 2 Tomos. Como se sabe, Stalin definía la nación articulando un conjunto de rasgos "objetivos" (lengua, territorio, historia, economía).
- [3] Cf. Ernest Gellner, *Naciones y nacionalismo*; Alianza, Bs. As., 1991. Eric Hobsbawm, *Naciones y nacionalismos desde 1780*; Crítica, Barcelona, 1991. También Leopoldo Mármora, *El concepto socialista de nación, Pasado y Presente*, México, 1986.
- [4] Véase Ricaurte Soler, *Idea y cuestión nacional latinoamericanas*; Siglo XXI, México, 1986. "América Latina" es un concepto anacrónico para la época de la Independencia. Lo utilizamos por mera economía de lenguaje.
- [5] "El mito de los orígenes en la historiografía latinoamericana"; *Cuadernos del Instituto Ravignani*, N° 2, Bs. As., 1991; p. 19.
- [6] Véanse, por ejemplo, Norberto Galasso, *Manuel Ugarte*, Eudeba, Bs. As., 1973, 2 Tomos. Nieves Pinillos, "Manuel Ugarte, un hombre para este tiempo", en *Cuadernos Americanos* (nueva serie), N° 5, 1987; pp. 164-217.
- [7] Oscar Terán, "El primer antiimperialismo latinoamericano", en *En busca de la ideología argentina*; Catálogos, Bs. As., 1986; págs. 85-99.
- [8] Manuel Ugarte, "El peligro yanqui" (1901), en *La Nación Latinoamericana*; compilación, prólogo, notas y cronología de Norberto Galasso; Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978; p.67; (en adelante, LNL).
- [9] Manuel Ugarte, *El arte y la democracia*, F. Sempere y Cía. Edit., Valencia, s/f; p. 100.
- [10] Ambos supuestos se encuentran en la obra de Galasso citada. También en Ricaurte Soler, "Manuel Ugarte: Bolívarismo contra imperialismo"; en Casa de las Américas, La Habana, 1985; pp. 120-128.
- [11] Manuel Ugarte, *Burbujas de la vida*, Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, París, 1908, pág. 84. En 1910 lo reiterará: "Entre las naciones existe también lo que podríamos llamar un proletariado"; cf. "Causas y consecuencias de la Revolución Americana", en LNL, p. 11; sin embargo, los ejemplos aducidos son Transvaal, Polonia y, en ocasiones, la India.
- [12] Manuel Ugarte, "Los pueblos del sur ante el imperialismo norteamericano" (1912), en LNL, p. 75.
- [13] Idem, *El porvenir de la América Latina*, F. Sempere y Cía. Edit., Valencia, 1910; p.50. Obsérvese que la opinión de Ugarte sobre la independencia hispanoamericana es congruente con su interpretación de la colonización francesa en Argelia.
- [14] Ricardo Rivas, *Historiadores del siglo XIX y la historia de América; Trabajos y comunicaciones*, UNLP, 1995.
- [15] Manuel Ugarte, "Bolívar y la juventud" (1912); en LNL; p. 24. Nótese la diferencia en cuanto a sujeto social con la opinión de Mariátegui, citada en el epígrafe.
- [16] Idem, *Enfermedades sociales*, Casa Editorial Sopena, Barcelona, 1906; p. 200.
- [17] Idem, "Las ideas del siglo" (1903), en LNL; p. 189.
- [18] "Hay que realizar todas las promesas que el régimen hizo concebir, porque el lema de la República: Libertad, Igualdad, Fraternidad, contiene todo el programa del socialismo"; *Ibidem*, p. 191.
- [19] Idem, *El arte y la democracia*, cit. p.120.
- [20] *Ibidem*, p. 49.
- [21] Manuel Ugarte, "Manifiesto" (1913); en LNL; p. 213.
- [22] Joaquín V. González, en *Revista de Filosofía*, N(1, Vol. 1, Bs. As., 1915; p. 25.
- [23] Véase José L. Romero, *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*; Bib. Actual, Bs. As., 1987. También María Barbero y Fernando Devoto, *Los nacionalistas (1910-1932)*, CEAL, Bs. As., 1983. Por otra parte, también en Europa el nacionalismo era sustentado por la derecha política: Jean Touchard, *Historia de las ideas políticas*;

Edit. Tecnos, Madrid, 1972; págs. 526-533.

- [24] *La Vanguardia*, 10/7/1913.
- [25] Manuel Ugarte, "Polémica" (1913), en LNL; pág. 204.
- [26] Manuel Ugarte, "Manifiesto" (1913), en LNL, pág. 210.
- [27] *Ibidem*, pág. 209.
- [28] *Ibidem*, pág. 211.
- [29] Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista*; Siglo XXI, Madrid, 1986, pág. 186.
- [30] Manuel Ugarte, "El ocaso socialista y la guerra europea" (1916); en LNL; p.216.
- [31] Idem, "Industrias nacionales" (1915); en LNL; p. 139.
- [32] Idem, Declaraciones al diario *El Universal*, de México, (30/5/1917); en LNL; p.149.
- [33] Idem, Declaraciones al diario *El Universitario*, de Santiago de Chile, (14/8/1917); en LNL; p. 150.